

DISCURSO

DEL

*PRESIDENTE DEL CONSEJO
Y MINISTRO DE DEFENSA*

D. JUAN NEGRIN

*PRONUNCIADO EN MADRID
EL 18 DE JUNIO DE 1938*

DISCURSO

DEL

*PRESIDENTE DEL CONSEJO
Y MINISTRO DE DEFENSA*

D. JUAN NEGRÍN

*PRONUNCIADO EN MADRID
EL 18 DE JUNIO DE 1938*

EDICIONES ESPAÑOLAS

1938

ha
los

veo
cap
tirs
cia
vill
par
firm
año
par
de
met
par

El jefe del Gobierno, D. Juan Negrín, se ha dirigido por radio al pueblo español, en los siguientes términos:

Desde este magnífico Madrid, que por dos veces en poco más de un siglo ha conquistado la capitalidad de los pueblos hispánicos, al convertirse en símbolo de la lucha por la independencia patria y en contra de la invasión extranjera, villa que desde su entrada en la historia supo parear en singular contraste la jocundidad y la firmeza; desde este Madrid que hace más de 400 años se alineó en el levantamiento comunero para destacarse siempre con su peculiar gesto de donaire, desdén y fiereza en la repulsa al meteco impertinente; desde esta ciudad incomparable, leve y densa a la vez, crisol donde se

homogeneizan todos los particularismos de los pueblos y regiones de nuestra tierra, me dirijo a la Nación Española para fundamentar ante los combatientes del frente y los trabajadores de la retaguardia, nuestra confianza en el triunfo, que no enervarán reveses previsibles y previstos en una guerra, que, por desgracia, aún será larga y pródiga en contrariedades; y para exponer ante todos los españoles, los fines que justifican nuestra perseverancia en la cruenta lucha hasta la victoria, que no por hacerse esperar es menos segura.

Cuando desde este puesto de máxima responsabilidad como gobernante he hablado a mis conciudadanos, cuidé siempre de hacerlo sin ambages ni afeites retóricos. Machaconamente he insistido, desde el primer momento, en que la guerra sería dura y larga, y en que sometería a difícil prueba los ánimos más templados. Mi convicción sigue siendo la misma. La victoria depende de nuestro tesón y su logro merece todo sacrificio, pues en ella (oídlo bien), estriba no sólo la independencia de nuestro suelo, sino quizá la subsistencia de España como nación.

*NUESTRO EJÉRCITO CUENTA
AHORA CON MÁS ELEMEN-
TOS DE LUCHA QUE HACE
CUATRO MESES; PERO NOS
QUEDA MUCHO POR HACER*

Hace cuatro meses nos encontrábamos ante una crisis escalofriante de material bélico, merced a la criminosa política de no intervención que, favoreciendo a nuestros enemigos, no parecía tener otro fin que asfixiar a España.

Entonces, y a raíz de la caída de Teruel, os aseguraba que, contando con el esfuerzo de nuestros trabajadores, se podría superar el desequilibrio de material que en tan apurado trance nos situaba. Hoy todavía persiste este predominio del enemigo. A él debe en gran parte sus éxitos. No en vano tiene tras sí una industria poderosa que lo provee a granel: la industria italo-germana. Pero ya no nos hallamos en aquel estado de indefensión que amenazaba con tenernos que dejar estrangular casi inermes. Nos queda mucho por hacer; se está

haciendo; se hará, que no se improvisa en pocos meses una gran industria de guerra ni se fabrican en semanas, artillería, tanques y aviones; ni se vencen al galope los escollos y tropiezos con que el enemigo — tal vez con la complaciente colaboración de algunos y la pusilanimidad de otros—obstaculiza nuestro abastecimiento, valiéndose de un convenio ominoso que en la práctica representa la agresión más farisaica que conoce la historia contemporánea contra un país libre y un Gobierno legítimo.

Mas es lo cierto que nunca ha contado nuestro Ejército con medios tan potentes de lucha como los que en la actualidad posee y en progresión creciente va consiguiendo.

CONFIANZA EN LAS VIRTUDES HEROICAS DEL PUEBLO ESPAÑOL

Los que pudorosamente encubren su desaliento con el disfraz de la reflexión y la crítica—bien fáciles de desenmascarar por su ten-

dencioso pesimismo—os susurrarán que en vano intentaremos competir en celeridad de esfuerzos con los que alemanes e italianos puedan realizar, dotados de sus poderosos recursos. Sofisma puro. El armamento de un Ejército tiene su límite. De nada sirve rebasarlo. Para garantizar la victoria no precisamos ni llegar a él; nos basta con un mínimo indispensable para asegurar la eficiencia necesaria de las masas combatientes.

Una y cien veces han demostrado nuestros soldados que, para rechazar victoriosamente al enemigo, y hasta para tomar con éxito la iniciativa, no precisa la equiparación de medios materiales.

Ni nos ciegan los progresos hechos, ni nos arredra el camino a recorrer. Nos basta con saber a ciencia cierta que son halagüeñas las perspectivas para lograr el armamento preciso de nuestro Ejército y convertirlo en el instrumento decisivo de la victoria. ¿El plazo? No será largo. Del esfuerzo de todos depende reducir su brevedad. Ahorrar tiempo es ahorrar sangre.

En los angustiosos momentos de fines de

marzo—de los más amargos de mi vida—; cuando el frente y la retaguardia parecían derumbarse; cuando el derrotismo se infiltraba por todos los resquicios, enmiasmaba todos los ambientes y amenazaba atrofiar el músculo de la guerra, yo tuve confianza en las virtudes heroicas del pueblo español y a él acudí para decirle la verdad escueta y pedirle—exigirle—el sacrificio y la resistencia.

*NI EN LA VIDA NI EN LA
GUERRA SE PUEDE TRIUN-
FAR SIN FE*

Resistir era y sigue siendo hoy día abrir paso a la victoria. Cada día de resistencia era y sigue siendo un nuevo as en nuestro juego. Y el pueblo entero respondió a nuestra demanda. Y Cataluña, apretada por los invasores, con admirable brío, tensa la voluntad, con ánimo decidido y pujante, supo resistir y rivalizar en heroísmo con otros pueblos de España. Como sabe resistir hoy Levante, donde he percibido,

en el ademán y en el ambiente, la resolución enérgica de no dejar hollar impunemente su suelo y de aplastar al invasor.

Era preciso resistir para reconstruir un frente que se había desleído; para rehacer una moral que estaba a punto de derrumbarse. El mandato del Gobierno fué atendido: el frente se recompuso, la moral se rehizo, elevándose a un nivel que nunca se había conocido. El corte entre Cataluña y el resto de la España leal, que para muchos era el preludio del hundimiento, fué acogido por nuestro pueblo y nuestro Ejército con una serenidad y una entereza que han sido asombro para todos y desconcertante sorpresa para el enemigo.

La falta de confianza en nuestro pueblo, la falta de fe en el triunfo, la falta de entusiasmo por la excelsitud de nuestra causa, nos colocó a veces al borde de la catástrofe.

No se puede inflamar a un pueblo y llevarle al máximo sacrificio, voluntaria y plácidamente aceptado, si no se confía en él. Y nuestro pueblo español ha dado mil veces pruebas de merecer esa confianza cuando se ha sabido llegar a lo hondo de su alma.

Ni en la vida ni en la guerra se puede triunfar sin fe. La fe crea, avasalla. No es posible el éxito en la lucha si antes de empezar la contienda se está pensando en la derrota y preparando la retirada. Las más de las veces, al vencedor lo hace el vencido.

*CUANDO ESTÁ EN JUEGO
EL PORVENIR DE LA PA-
TRIA, SE SUCUMBE O SE
VENCE. ¡Y SE VENCERÁ!*

Si no se siente entusiasmo por nuestra causa, fácil será desviarse hacia la transigencia y el arreglo, que—no nos engañemos—nunca será transacción ni acomodo de convivencia, porque el enemigo, el verdadero enemigo, no lo quiere así, y al español rebelde no se le dejaría pactar.

No. Ese es el camino de la capitulación. ¿Y para qué? ¿Para recobrar en la emigración el sosiego perdido? Pero, ¿y los millares, los millones de españoles que tienen puestas en

nuestras manos no sólo su tranquilidad, sus esperanzas, sino sus bienes y sus vidas? ¿Olvidamos cuáles son los métodos de persecución y exterminio del nazismo y del fascio? ¿Ignoramos qué ha sucedido y está sucediendo en Asturias, en Santander y en Vasconia?

Los que hayan convivido, aunque sólo sea transitoriamente, las zozobras del frente; los que con sus propios ojos hayan visto la penuria en que vive la población civil; los que hayan sentido vergüenza y congoja ante las penalidades de mujeres, ancianos y niños evacuados, ¿podrán ligeramente y en un momento de debilidad dar por estéril tanta miseria y tanto dolor y dejar que el sádico espíritu de venganza que anima a nuestros enemigos se ceba en una masa inerme e indefensa? Pero, ¿y España? ¿Luchamos o no por la independencia de España? ¡Ah!, si no fuera así, ni un segundo más de guerra, ni una gota más de sangre. No dejaríamos que aumentara la angustia y el dolor. Pero se trata de la existencia de España como país libre, y ante eso, el sacrificio no puede tener tasa ni medida.

Mientras haya un puñado de tierra nuestra; mientras haya un pecho en que palpita un corazón español; si está en juego el porvenir de nuestra tierra, se sucumbe o se vence. Y se vencerá.

LOS TÉRMINOS JUSTOS DE NUESTRA LUCHA

Un gran alemán — que no era muy ario, y a no dudarlo, hoy no sería nazi—, Goethe, dijo: «Lo que heredes de tus padres, conquístalo para merecerlo».

Pues bien; yo no reniego ni renuncio a la historia de mi país. Hemos heredado una magnífica historia. Con máculas y lunares, como todas, sí, pero también con soberbia grandeza como ninguna. Eso obliga a mucho. La historia es un conjunto dinámico del que somos un eslabón. Hemos heredado nuestra historia, no para contemplarla y conservarla, sino para merecerla y legarla superada a la posteridad. Cada generación tiene su tarea; no

por ser ímproba la nuestra estamos exentos de entregarnos a ella.

Hay, pues, que plantearse con crudeza y sin engaño los términos justos de nuestra lucha. Y me dirijo a todos los que sienten en español. También a los que están más allá de las trincheras.

España se devasta y ensangrienta porque la ambición sin freno de aquellos para quienes por definición el derecho de los pueblos en nada cuenta posó en ella su mirada de rapiña, viendo en nuestra Patria una víctima propicia para su codicia. Una riqueza potencial inmensa, una privilegiada situación geográfica, única en Europa, fueron alicientes sobrados para maquinar la endiablada estratagema que, si todos no nos esforzamos en descoyuntar, puede poner bochornoso remate a la historia de nuestra tierra.

*LO QUE SE CALCULÓ COMO
UNA INSURRECCIÓN TOR-
NOSE EN LUCHA CIVIL, PA-
RA CONVERTIRSE EN GUE-
RRA DE INDEPENDENCIA*

Nosotros, los españoles, es verdad, les dimos el terreno abonado para sus combinaciones maquiavélicas. Las luchas intestinas de un pueblo en el que, a través de generaciones de mezquina politiquería, se había entumecido su sentido nacional, permitían envenenar la convivencia ciudadana estimulando extremismos bienintencionados, de opuestos coloridos, provocando con métodos demagógicos la violencia incontenente, debilitando los resortes del Estado y suscitando recíprocos celos entre instituciones vitales de la nación y la ciudadanía.

Así se constelaba un clima en el que la revuelta podía parecer una defensa y el pronunciamiento medida preventiva, y una y

otro, defensa y pronunciamiento, podían aspirar a presentarse como revoluciones salvadoras.

Sobre el triunfo de una facción esperaba asentarse una hegemonía militar, política y económica que no era sino el primer hito en un plan bien meditado, pero que el pueblo español ha echado por tierra. Frustróse el intento, y lo que se calculó como una insurrección tornóse en lucha civil para convertirse al poco tiempo en guerra de invasión.

No os engañéis. Esa es la realidad. ¿No habéis visto el plan de escisión e incitación a la violencia, urdido por italianos y alemanes en un país vecino? ¿No os dicen nada Checoslovaquia, Rumania y el Brasil? ¿No os habéis enterado de que la misma impronta la llevan movimientos de sedición similares en otros países de Europa y América? ¿No os habéis percatado de que, aunque la finalidad inmediata no parezca la misma, la finalidad remota es siempre la de enturbiar el medio en que puedan saciar su voracidad los Estados totalitarios? ¿Creéis que esos alemanes e italianos que destruyen nuestras ciudades y tesoros, devastan nuestras riquezas, asesinan sin piedad a nues-

tras mujeres y niños—niños y mujeres de España—, ¿creéis que sienten apego por nuestra tierra, que profesan simpatía por nuestras gentes? ¡Sí, en el fondo os aprovechan, pero os desprecian!

Les falta pátina para entendernos. Les sobra mezquindad para estimarnos. Ésta y no otra es la realidad.

¿Habráis de consentir que los que hoy se sienten amos y señores y consideran hipotecado en su provecho nuestro terruño nos dividan en zonas de influencia y sean los beneficiarios de la labor acumulada por nuestros padres y del trabajo que realicen nuestros hijos?

¿No veis que nada les importará, si preciso fuera, contentar a otros con parte de la presa, desmembrarnos y convertirnos en país de capitulaciones o territorio de mandatos?

¿No teméis que a medida que se prolonga esta cruenta guerra aumente el riesgo de que el apetito de todos encuentre temporal desfogue en nuestra desventurada España?

Sí. Esos son los términos reales del problema.

Somos las víctimas de la ambición desmedida de unos y de la mediocridad adocenada y la pusilanimidad de otros.

*LA SEGURIDAD EN EL
TRIUNFO NOS DA EL
PROPÓSITO INQUEBRAN-
TABLE DE OBTENERLO*

Para salvar a España del dominio de aquéllos y de la posible expoliación por éstos, luchamos y venceremos. La seguridad del triunfo nos la da el propósito inquebrantable de obtenerlo.

Nuestra gente cede ante lo incontenible, aguardando el desquite; pero no se doblega ni declara vencida. Así pasó en Madrid, así ha pasado en Cataluña; así pasa en Levante y en Extremadura. ¡Vendrá el desquite y, con él, la victoria en bien de todos! Preguntadlo si no a esos estupendos luchadores de la 43 División, quienes, después de meses de incansable pelea, obligados por la carencia absoluta de proyec-

tiles de artillería, casi sin un cartucho de fusil — ¡otra vez la santa No Intervención!— se repliegan con orden perfecto para incorporarse de nuevo al frente pasando por Francia y se repite el plebiscito de la 31 División, que prueba al mundo—si pruebas le hacen falta— con quién está el pueblo español.

La seguridad del triunfo nos la da el aprendizaje cotidiano. El día que trae consigo una lección no es día perdido. El quebranto que lleve aparejada alguna enseñanza no es irreparable. Así vamos aprovechando lecciones y enseñanzas y curtiéndonos en encajar desgracias.

Hemos aprendido que sin una alta moral ni se hace ni se gana la guerra. Y hoy la moral de nuestras tropas y retaguardia—la que lucha, la que siente nuestra causa, no la que al principio se vestía de optimismos para disimular su encono y hoy rezonga desde que, garantizada su seguridad personal, puede significar su mal humor—, la moral de esa retaguardia, que es la inmensa mayoría y la de las tropas, es excelente, a pesar de sus sufrimientos y privaciones.

Sabemos que es preciso intensificar la producción de armamento, y nuestras fábricas y talleres trabajan como nunca.

Hemos experimentado amargamente lo que significa la falta de cuadros de mando—uno de los principales motivos de nuestros infortunios— y con asombrosa vertiginosidad se forman, completan y organizan. Nuestras escuelas de clases, oficiales, comisarios y jefes se perfeccionan y multiplican.

Tenemos reservas, las aumentaremos y les daremos una preparación eficiente.

Fortificamos y fortificaremos, y potenciaremos en ese sentido nuestro esfuerzo, que tendrá que ser titánico.

Hemos aprendido lo que entorpece la conducta de la guerra cuando todo el país está en pie de lucha: la multiplicidad de mandos. Y a simplificar este problema y a adquirir la unidad de dirección necesaria nos dedicamos.

*CADA DIA DE RESISTENCIA
ES UNA BATALLA GANADA*

Pero, además España no es un peñón aislado en el mundo. Cada día de resistencia es una batalla que internacionalmente podemos apuntar a favor de nuestra causa. Que la heroicidad de nuestros soldados ha dado al traste con cábalas y planes que urdían a nuestra costa.

No está aún maduro el fruto—que no todos los pueblos tienen la precocidad del nuestro—; pero cuando lo recojamos será en mérito a nuestra perseverancia y persistencia. Hemos dado un alto ejemplo de tenacidad y coraje. Y había infelices que creían al pueblo español frívolo—decían por cómoda definición—e indotado de esas virtudes.

No saben que en siete siglos de reconquista libramos a Europa, decadente entonces, de una vigorosa invasión oriental, de la que supimos extraer sus mejores esencias. Ni se dan cuenta de que civilizar a América, pese a ciertas patrañas, con menos afán de explotación

y lucro que el que otros países han cuidado en tales empresas, e imprimirle el sello de una raza y de un idioma, mientras en Europa peleábamos duras jornadas, no puede ser obra de un pueblo inconsciente. Ni se han enterado de que la Contrarreforma — obra genuinamente española—en su almendra es más que una lucha de religiones, y no fué en su inicio, aunque luego degenerara en ello, una lucha pro-ultramonte, sino la refriega entre el sentido español de lo universal y el sentido medio europeo y rechoncho de lo particular. Y eso no lo hace un pueblo sin fibra ni tesón.

Ignoran que aun en nuestro siglo de mayor decadencia — el siglo XIX — supimos dar al mundo dos conceptos de los que aún vive la contemporaneidad: el de las nacionalidades y el del liberalismo, y esto no lo hace un pueblo invertebrado y sin directrices potenciales.

Se han equivocado al juzgar sobre nuestra pertinacia. Como se han equivocado muchas veces al juzgarnos. Como se equivocan ahora al sentir fruición porque esta España desangrada vaya a ser botín de piratas y quizá, quizá, de plácidos espectadores, sin darse cuenta de que

de este bautismo de sangre resurgirá más entera y potente que nunca.

¡Sí, tenemos motivos para confiar en la victoria! ¡Y tenemos obligación de confiar en la victoria!

Cuando un Gobierno demanda de un pueblo el resistir hasta lo último, aun a costa de todas las tribulaciones y de los máximos sacrificios, ha de ser por principios consubstanciales con el pueblo mismo.

No puede pedirlo en nombre de una ideología determinada, de un grupo o de un partido. Ha de ser en nombre de aquel denominador común de aspiraciones, de aquella suma de obligaciones contraídas con su historia, que son deudas a pagar a la posteridad y que constituyen, en su conjunto, anhelos y compromisos, el exponente nacional de un pueblo.

Desde el comienzo de esta trágica odisea, los distintos Gobiernos que se han sucedido han reiterado la afirmación de que luchamos por el respeto de la voluntad nacional.

Lo ha dicho en más de una ocasión la más alta autoridad representativa del Estado, S. E. el Sr. Presidente de la República. Lo

ha dicho, en octubre de 1936, mi predecesor al afirmar, ante el Parlamento, que luchábamos por una paz que diera a España las instituciones económicas, políticas y sociales que la mayoría del país libremente elija en su día. Lo he repetido yo en cuantas ocasiones he tenido oportunidad de hablar dentro y fuera de España en nombre del Gobierno.

Era, no obstante, conveniente fijar en puntos concretos lo que nos proponíamos en nuestra lucha. Y así surgió el programa de FINES DE GUERRA—FINES DE PAZ, podríamos decir—del Gobierno.

*LUCHAMOS POR ASEGURAR
LA INDEPENDENCIA ABSO-
LUTA DE ESPAÑA, SIN MÁS
LÍMITE QUE EL QUE IMPO-
NE UN DERECHO COMÚN*

Luchamos por asegurar la independencia absoluta de España, sin más traba ni límite que el que impone un derecho común, que es-

tablece los vínculos y relaciones entre los pueblos, derecho de recio abolengo español y cuyas raíces se encuentran en el dominico Bartolomé de las Casas y hasta en el doctor eximio y pío padre Suárez, y de un modo acabado en el precursor del Derecho internacional, Francisco de Vitoria.

Independencia significa liberación de los invasores; significa renuncia a tutelas; significa que seamos los beneficiarios de nuestra propia tierra, y no víctimas de la explotación extraña.

Significa una vida jurídica y una economía dirigida, regulada y explotada por y para los españoles.

Luchamos por la integridad de España. No admitimos ni desmembramientos, ni enajenaciones, ni hipotecas, ni concesiones en su territorio, en su litoral ni en su subsuelo. Ni en la Península ni en sus islas. Ni en sus posesiones ni en su Protectorado. Luchamos por que España, sin injerirse nunca, nunca, en la vida interior de ningún país, cuide de sentir como propios los intereses de las naciones de habla y raíz comunes.

Luchamos por una República popular de estirpe democrática, ya que la monarquía perdió todo vínculo con el sentir nacional, y ello ocasionó la decadencia de España y la pérdida de la propia institución. Una nueva dinastía o un nuevo monarca significaría encadenar España a la órbita de uno u otro país, y jamás traería la paz necesaria.

Luchamos por un Gobierno de autoridad, por un ejecutivo firme, dependiente de la voluntad nacional, expresada por el sufragio, Gobierno que coloque al Estado por encima de los partidos, y queremos unos partidos que consideren su principal misión ponerse al servicio de la colectividad nacional.

Luchamos por que sea la voluntad de España, expresada plebiscitariamente — tan pronto la guerra termine—, la que profile y defina la vida jurídica y social de la República.

Luchamos por que, sin menoscabo de la unidad española, se respete la personalidad de los pueblos que integran España. Unidad hacia fuera; diversidad en el interior, ha sido la característica de España en sus épocas de apo-

geo. Y toda la libertad regional que no vaya en detrimento de España o de otras regiones, debe ser respetada y cuidada. Cuando un país está en su curva ascendente, la variedad aglutina y enriquece, y sólo se convierte en dispersión y debilitamiento cuando el país marcha hacia la decadencia. Nadie quiere la disgregación de España. Si hay quien la quiera, cuéntese enemigo nuestro. Que no estamos dispuestos, en un recodo de una lucha fratricida, a dejar hechos jirones cinco siglos de historia. Máxima personalidad regional en consecuencia dentro del máximo españolismo.

Luchamos por que el Estado asegure la plenitud de derechos al ciudadano. Respeto a la conciencia y a las creencias. Ni injerencia de la Iglesia como institución en la vida del Estado, ni intromisión de sus jerarcas en las contiendas ciudadanas. Pero, en cambio, garantía al ejercicio del culto. Lo debemos a un principio que profesamos. Lo debemos al sinnúmero de españoles que practican religiones positivas. Lo debemos a los millares y millares de católicos que luchan a nuestro lado. Pero aunque sólo fuera uno, aunque no hubiera

ningu
secue
profu
los m
en el
de lo
verda
religi
sopor
nuest

La
para
taci
que a
Estad
pre e
sea p
pedit
de la

T
M

ninguno, el Estado no puede permitir la persecución por las ideas. Sería, además, error profundo. Toda persecución hace mártires, y los mártires vivifican las creencias. Se encierra en el fondo de todo sentimiento religioso algo de lo más noble del espíritu humano, y a decir verdad, si no fuera por un profundo sentido de religiosidad, sería difícil encontrar ánimos y soportar con entereza las duras pruebas a que nuestro país está sometido.

Luchamos por que el fruto de la tierra sea para quien la trabaja. Por suprimir la explotación inicua del individuo por una plutocracia que a su vez se convierte en dominadora del Estado, perdiendo de vista—yendo casi siempre en contra—todo interés colectivo. Quien sea propietario, gánelo por su esfuerzo y supedite el disfrute de lo suyo al interés supremo de la nación.

Todo
menturas

*ESPAÑA NECESITA UN PO-
TENTE EJÉRCITO EN EL
AIRE, EN EL MAR Y EN LA
TIERRA, QUE HAGA QUE
SE NOS RESPETE*

Sabemos lo que significa una guerra. No se nos puede negar experiencia. Somos pacifistas, pero para poder ser además pacíficos necesita España un potente Ejército en el aire, en el mar y en la tierra, que haga que se nos respete. Sabemos lo que cuesta un Ejército, pero hemos aprendido también lo que cuesta no tenerlo.

Luchamos por unas relaciones internacionales dentro de un régimen de Derecho; pero por unas relaciones en pie de igualdad.

Y si mientras dure la guerra hemos de ser duros e inexorables con el enemigo abierto o encubierto, anhelamos la paz para incorporar a la ingente tarea de reconstruir y engrandecer España a todos los compatriotas que de

buen
nos
desp
clasi
cedo
nues
para
unos
dade
inge
ficha
paz l
N
agra
versa
labor
cauto
siera
tan
tiend
rrera
del t
orope
riesg
fria,

buena fe quieran cumplir el deber que a todos nos reclama. ¿O es que hay quien crea que después de esta epopeya sangrienta pueden clasificarse los españoles simplemente en vencedores y vencidos? ¿Hay quien piense que nuestro suelo está tan sobrado de valores que para su reconstrucción podrá prescindirse de unos u otros profesionales de todas las actividades, obreros y artífices de todos los oficios, ingenios de toda clase, según la etiqueta o la ficha del sector combatiente? ¿Es que en la paz habría de seguir la lucha fratricida?

No. Y oídllo bien, aunque a muchos no les agrade: más fácil será entenderse con el adversario de ayer, enemigo de hoy y quizá colaborador de mañana, que con el espectador cauto, que nada arriesga, que con todos quisiera estar a bien, por poseer una superhombria tan previsoras que le veda terciar en la contienda; que espera, en fin, más allá de la barrera, el momento de saltar y uncirse al carro del triunfador para limpiarle los faldones y oropelarle, para luego, cuando en ello no haya riesgo, esterilizarle en su labor con una crítica fría, sin alma ni cariño.

A esos egoístas de la inhibición que siempre se han creído «au dessus de la mêlée», habrá que recordarles que, si hubiesen intervenido en su día y en forma activa en la vida ciudadana, matizando sus contrastes y limando sus asperezas, quizá se hubieran evitado muchos males.

Hay entre ellos muchas competencias. Habrá que utilizarlas. Pero nada más. Porque lo que España necesita serán hombres, no eunucos.

El gobernante que al cesar la contienda no comprenda que su primer deber es lograr la conciliación y armonía que hagan posible la convivencia ciudadana, maldito sea. ¡Pobre de nuestra España si después de tanta crueldad y de tanto oprobio no acierta a encontrar los dirigentes que polaricen el interés de sus compatriotas hacia grandes ideales de raigambre histórica y los desvíe del semillero de odios y rencores, de la red de venganzas que una guerra civil tiene como secuela!...

Sería el fin de España. La máxima aspiración del hombre de Estado deberá ser que, sin transcurrir muchos años, en las estelarias de

cada pueblo figuren hermanados los nombres de las víctimas en la lucha, como mártires por una causa de la que debe surgir una nueva y grande Patria. Pero eso será luego. Mientras, y para lograrlo, estamos en guerra. Y a ella, combatientes de los frentes, hay que ir con coraje y denuedo. Lo que hemos de conquistar merece todo sacrificio.

Luchamos—sabadlo bien—por que España sea para los españoles, y lo lograremos.



Ayuntamiento de Madrid